

## NICOLAS PINZÓN W. ESCRITOR

Gonzalo Cataño\*

1

En un discurso pronunciado en 1935 ante la tumba del fundador del Externado, Ricardo Hiestrosa Daza anotó que los discípulos de Nicolás Pinzón W. estaban en deuda con su profesor. Con hondo sentido autocrítico afirmó que le debían una biografía dirigida a perpetuar su memoria, pero no una biografía cualquiera limitada al mero registro de fechas, relatos y crónicas trenzadas por la tradicional retórica asociada a la gratitud pedagógica, sino un estudio histórico y sociológico que presentara la época y el medio en los cuales creció y le tocó actuar; esto es, un estudio de su vida a la luz de las tensiones políticas y sociales de la era radical y de los primeros años de la Regeneración. “Yo formulo aquí —apuntó Hiestrosa Daza al final de su discurso— en esta hora de emoción, hondamente solemne, en nombre de sus discípulos orgullosos de serlo, la promesa de que no seguirá ya tardando ese tributo de nuestra gratitud”<sup>76</sup>.

Pero la augusta promesa de Hiestrosa Daza nunca se llevó a cabo. Las tareas inmediatas de la vida fueron relegando indefinidamente el proyecto, y el paso de los años fue dilatando su realización. Los discípulos de Pinzón —nacidos en los años sesenta y setenta del siglo XIX— fueron desapareciendo y la memoria del fundador se fue haciendo cada vez más remota. Nunca se compilaron sus trabajos periodísticos, sus traducciones, sus poemas ni los documentos que redactó con ocasión de la fundación y promoción del Externado. Toda esa labor permanece dispersa en los periódicos de la época en espera de un editor agradecido que organice los esfuerzos intelectuales de un joven que no logró superar los 35 años de edad, pero que alcanzó a participar en los más diversos escenarios de su tiempo: en la lucha política, en los encuentros poéticos y en las controversias educativas.

A estas dificultades se suma nuestra ignorancia sobre la trayectoria de Pinzón. Nada o muy poco sabemos de su vida. Los escasos datos conocidos, unos fugaces registros de la prensa de la época y unos frágiles y dispersos recuerdos de algunos de sus discípulos, no logran dibujar con seguridad su biografía y el perfil de sus anhelos. Además, la mala suerte parece haberlo acompañado. Las anunciadas *Memorias* de su tío Cerbeleón Pinzón, el célebre tratadista del derecho constitucional colombiano, que conocieron algunos de sus contemporáneos, hubieran sido de gran ayuda para reconstruir el ambiente familiar del joven Pinzón; pero ellas nunca vieron la luz y hoy en día se las considera definitivamente perdidas<sup>77</sup>. Con esta ausencia se nos ha escapado la posibilidad de acercarnos al mundo de sus mayores y de conocer con alguna seguridad el medio en el cual alcanzó sus primeras experiencias formativas.

A pesar de estos reveses, el nombre de Pinzón ocupa un lugar en la memoria del país. Si bien se nos ha extraviado el personaje de carne y hueso, el Nicolás que conocieron y

---

\* Profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional. El autor agradece el patrocinio de la Universidad Externado de Colombia que hizo posible la redacción del presente ensayo.

<sup>76</sup> Ricardo Hiestrosa Daza, “Discurso pronunciado ante la tumba del doctor Pinzón”, *Externado*, tomo LV, No. 1, junio de 1940, p. 8

<sup>77</sup> Gustavo Otero Muñoz, *Historia de la Cancillería de San Carlos* (Bogotá: Imp. del Estado Mayor General, 1942), vol. 1, p. 183.

trataron sus contemporáneos —el que apoyaron sus amigos y criticaron o intimidaron sus adversarios—, nos han quedado sus escritos y el registro de sus luchas en los campos de la educación y de la cultura. Y esto es suficiente para recordarlo una vez más, sobre todo cuando la universidad colombiana enfrenta retos muy similares a los que le tocó desafiar al joven Pinzón durante la Regeneración. Cien años después, los problemas de la universidad, de la investigación y del conocimiento siguen a la orden del día, lo mismo que las mudables demandas éticas y funcionales de la formación profesional que hoy tendemos a identificar con la proteica y evasiva noción de *calidad*.

Pero si en este momento no podemos llenar con algún decoro las demandas del estudio sugerido por Hinestrosa Daza, podríamos quizá aprovechar la ocasión para evocar una faceta poco conocida del fundador del Externado: su labor de escritor. Cabe recordar que en su época fue considerado parte integrante del grupo de jóvenes poetas que no obstante su mocedad, ya presentaba un trabajo que permitía anunciar “mayores cosas en el futuro”<sup>78</sup>. Al lado de compañeros de generación como José Asunción Silva, Julio Flórez, Diego Uribe, José Joaquín Casas, Ismael Enrique Arciniegas y Carlos Arturo Torres —su alumno y posterior colaborador en la dirección del Externado— participó en los florilegios más notables de los años ochenta. Su nombre aparece en *La nueva lira*, en el *Parnaso colombiano* y en el *Víctor Huyo en América*, la comprensiva antología de traducciones del poeta galo compiladas por el chileno José Antonio Soffia y el colombiano José Rivas Groot.

## 2

Pinzón fue un escritor temprano. Publicó muy rápido y muy rápido también le llegaron los reconocimientos. Tenemos poesías suyas de los 17 años, pero probablemente ellas no fueron sus primeras creaciones. Quizá le antecederon otras difundidas en las hojas del colegio de San Bartolomé, institución en la cual adelantó sus estudios secundarios, o en *El Eco de Bogotá*, un periódico de 1876 que editó con vahos compañeros de universidad entre los cuales se encontraba Diego Mendoza Pérez<sup>79</sup>. Al año siguiente fue redactor —“en unión de otros jóvenes notables”— de *La República*, y en 1879 de *El Liberal*, un hebdomadario de crítica literaria, social y política que buscaba promover una opinión fundada en la razón y en la discusión científica de los problemas del país según el ejemplo de la prensa de las “modernas sociedades”<sup>80</sup>. Excepto *El Liberal*, ninguna de estas publicaciones se conserva, pero todas ellas sugieren una febril actividad literaria entre 1876 y 1880, sus años de estudio de Derecho en la Universidad Nacional.

Los textos de *El Liberal* muestran con claridad la dirección de sus ideas y la inclinación de sus gustos poéticos. Allí publicó trabajos históricos, reseñas políticas, poemas y traducciones del francés. Su poesía, de tono romántico, conserva un estuche neoclásico a pesar de los juveniles y ardientes impulsos consignados en sus versos. La forma es correcta, retórica y académica, y en ella abundan las rosas marchitas, el abandono, la soledad, la tristeza y los amores no correspondidos:

Acuérdate de mí! ... ¡Oh amada mía!  
No pases por mi tumba solitaria

<sup>78</sup> José Rivas Groot, “Estudio preliminar” al *Parnaso colombiano* editado por Julio Añez (Bogotá: Librería Colombiana-Camacho Roldán & Tamayo, 1886), tomo 1, p. x1ii.

<sup>79</sup> Diego Mendoza, “Periodismo y literatura”, *El Gráfico*, Bogotá, febrero 8 de 1912, pp. 7-8.

<sup>80</sup> Julio Añez (editor), *Parnaso colombiano* (Bogotá: Librería Colombiana-Camacho Roldán & Tamayo, 1887), tomo II, p. 45; y *El Liberal* No. 1, Bogotá, febrero 8 de 1879.

Sin dedicarle a mi ceniza fría  
 Un recuerdo, un suspiro, una plegaria...  
 Sólo existe un dolor sobre la tierra  
 Que mi pecho a retar no se ha atrevido;  
 Un supremo infortunio que la aterra:  
 Ver que en el tuyo se anidó el olvido...<sup>81</sup>

También le cantó a la naturaleza al estilo del francés Millevoye que tradujo para *El Liberal*: “Flor moribunda, flor deshojada/ Tú que del valle fuiste el honor/ ¿Hoy tu corola ves cuán ajada?/ ¡Triste juguete del aquilón!”<sup>82</sup>.

Y si bien es claro que la mayoría de sus versos de aquellos años resultan pesados y faltos de vigor, hay algunos de lograda ejecución que sugieren cierto dominio del oficio. Un soneto de 1879 asombra por su capacidad descriptiva en medio de una sorprendente economía del lenguaje. Allí un inspirado dramatismo sobrecoge al lector desde el primer cuarteto:

De pie, severa, altiva, majestuosa  
 Sobre el altar la efigie se levanta;  
 Inmóvil el solitario hierofanta  
 En éxtasis sublime al pie reposa.  
 Brama imprevisto tempestad furiosa;  
 Sangriento rayo alumbra el ara santa,  
 Y El entre tanto horror y ruina tanta  
 Sigue, fijos los ojos en la diosa...  
 Ruedan los montes; húndese el santuario;  
 Profundo estruendo en derredor retumba...  
 ¡Nada! *impasible queda el temerario.*  
 Tiembla la misma diosa y se derrumba,  
 Y como digno premio, el visionario  
 Halla en sus minas ignorada tumba<sup>83</sup>.

En *El Liberal*, Pinzón ensayó igualmente una postura estética que los comentaristas de la época llamaron “poesía científica” —un arte sensible a los grandes descubrimientos y a las conquistas materiales de la ciencia, el saber más útil. A juicio de algunos críticos de la segunda mitad del siglo XIX, los escritores deberían conocer los resultados de los sabios y utilizar los sorprendentes hallazgos de sus investigaciones. La ciencia estaba transformando las antiguas imágenes de la naturaleza, y las revoluciones en la física, la astronomía, la química y la biología, ofrecían aplicaciones apenas sospechadas en el pasado. La noción de *infinito* se había hecho familiar y el universo se veía ahora atravesado por el esplendor de lo inconmensurable, el terreno privilegiado de la poesía. Escritores como Quintana y Campoamor en España y Víctor Hugo y Sully-Prudhomme en Francia habían explotado esta rica yeta al registrar inventos, avances técnicos y descubrimientos científicos. La idea tenía por lo demás antecedentes en el país. Ya José Eusebio Caro le había cantado en *El bautismo* de 1845 al pararrayo de Franklin, a los descubrimientos de Galvani y Volta, al arte fotográfico de Daguerre, a los globos aerostáticos de los hermanos Montgolfier y al telescopio de Galileo.

<sup>81</sup> “Suspiros”, *El Liberal*, No. 4, marzo 1 de 1879.

<sup>82</sup> “La flor deshojada” [traducción de Millevoye], *El Liberal*, No. 5, marzo 8. de 1879.

<sup>83</sup> “La recompensa”, *El Liberal*, No. 8, marzo 29 de 1879.

Probando suerte en este campo, el joven Pinzón templó su lira y tomó su mirada hacia la bóveda celeste en pos de la cadena que une y da vida a los átomos del “éter perdido”. Su objetivo no era ofrecer una disertación científica; sólo quería explotar un símil atmosférico para describir el carácter evasivo del amor no correspondido:

Del espacio en el Centro sin nombre  
 hay un mundo gigante que el hombre  
     No ha visto jamás.  
 Por su inmenso poder arrastrados  
 En derredor van mil mundos bañados  
     En luz inmortal.  
 En los senos del éter perdido  
 Rueda un átomo oscuro, impelido  
     De otro átomo en pos:  
 ambos siguen a un grano de arena...  
 Y así va la infinita cadena  
     Subiendo al gran sol.  
 Y así el átomo oscuro e ignoto  
 Vive unido al gigante remoto  
     por suerte común;  
 Pero yace tan léjos tan léjos  
 Que ni aún llegan a él los reflejos  
     De un rayo de luz...  
 Tal bañada en la luz de tus ojos  
 Rica turba orgullosa, de hinojos  
     Siguiéndote va...  
 Para mí, pobre amante escondido,  
 Ni una sola mirada has tenido...  
     ¡Ni nunca tendrás!<sup>84</sup>

Pero el interés de Pinzón por la ciencia iba más allá de sus inclinaciones meramente literarias. En la Universidad Nacional había asistido a las clases de los más renombrados profesores de ciencias de los años setenta —las de Botánica de Francisco Bayón, las de Biología de Nicolás Sáenz y las de Física Médica (¿anatomía?) de Liborio Zerda<sup>85</sup>—, y como todos los liberales y pensadores radicales de la época, siguió con atención a lo

<sup>84</sup> “Cadena”, *El Liberal*, No. 9, abril 3 de 1879. Los elementos de la poesía científica fueron discutidos por su amigo José Rivas Groot en el prólogo a la *Lira nueva* (Bogotá: Imprenta de M. Rivas & Cía., 1886), pp. xx-xxii. Pinzón no estaba solo en estos experimentos poéticos. En la *Lira nueva* otros compañeros le habían cantado al telégrafo y al legado de Darwin, Giordano Bruno y el sabio Caldas. Además, Pinzón y sus compañeros de redacción trataron el asunto en dos extensas entregas de *El Liberal* (“La poesía en la ciencia”, Nos. 1 y 4 de febrero 8 y marzo 1 de 1879). Aludiendo a un ensayo publicado en la *Revue des deux Mondes*, los redactores subrayaron el papel de la imaginación en la ciencia y el lugar de la intuición y el éxtasis tenidos como exclusivos del arte. “¿No hay tanta poesía —se preguntaron los redactores de *El Liberal*— en las concepciones animadas de un Leverrier o un Pasteur como en las más bellas inspiraciones de un Lamartine o de un Victor Hugo?” Pero quizá fue Miguel Antonio Caro quien más discutió el tema. En su conocido ensayo de 1881 sobre Andrés Bello, autor de una oda *A la vacuna* de dos famosas silvas que exaltan la naturaleza de la zona tórrida, expuso con amplitud el contenido de la poesía científica y sus relaciones con la poesía didascálica. Para Caro la poesía científica es la que especula sobre los fenómenos naturales, la que herosea las verdades descubiertas y explicadas por la ciencia; la que siempre idealiza sobre la realidad y jamás fantasea sobre el vacío. Ver M.A. Caro, *Escritos sobre don Andrés Bello* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1981), p. 53.

<sup>85</sup> Diego Mendoza, art. eit., p. 7

largo de su vida los inventos en la agricultura, la industria y las comunicaciones. Ello se refleja en las frecuentes noticias científicas tomadas de revistas francesas e inglesas difundidas en las páginas de *EL Liberal*. Años después Pinzón fue inclusive profesor de ciencias naturales, campo que “cultivaba con apasionado deleite”. Su alumno Hinestrosa Daza recordó que pasaba “días y noches ante su laboratorio escudriñando el alma de los elementos”<sup>86</sup>. Nada de esto era extraño. Para su siglo la ciencia, la tecnología y el dominio de la naturaleza eran los signos más conspicuos de la idea de *progreso*.

## 3

Las traducciones de Pinzón en *El Liberal* no estaban dirigidas solamente a satisfacer un goce interior. Por el contrario, algunas de ellas tenían un objetivo político y una función didáctica claras. En años de candentes tensiones políticas y religiosas, cuando sectores enteros de la Iglesia se habían unido al partido conservador en contra de la educación laica impulsada por los liberales, publicó una alegoría de Voltaire que contraponía el espíritu del cristianismo primitivo a la pompa, magnificencia y compromisos mundanos de la Iglesia de nuestros días. Si el mensaje de Cristo fue originalmente un mensaje de esperanza y consuelo, de bendición y padecimiento, hoy su legado se había unido al oscurantismo y a los intereses de los déspotas:

Hoy su dulce nombre sirve  
De irrisión al mundo vano;  
De pretexto a las crueles,  
Santas iras del tirano;  
y con él al vulgo vendan  
los ministros del error<sup>87</sup>.

Sobre el mismo asunto, *El Liberal* difundió una noticia relacionada con la erección de una estatua al sacerdote belga Juan Pedro de Smet por su trabajo civilizador entre los indios de las montañas rocosas de los Estados Unidos. Para los jóvenes redactores del semanario, la conducta ejemplar de este misionero debería ser imitada por el clero colombiano en bien del país y gloria de la comunidad católica. A lo largo del territorio había cerca de cien mil indígenas que una vez civilizados podrían explotar las inmensas riquezas de las comarcas abandonadas por el Estado. “Ojalá —concluía la noticia— el clero colombiano tomara a su cargo la grandiosa empresa de reducir a la civilización los salvajes nacionales; de esa manera se evitarían muchas revoluciones y se verja que es mucho más útil destruir el salvajismo que encender el odio contra los liberales”<sup>88</sup>.

En *El Liberal* se encuentra, además, un registro de los acentos iniciales del pensamiento político del joven Pinzón. Cuando en abril de 1879 la fracción radical del liberalismo escogió al general Tomás Rengifo para el periodo presidencial de 1880-1882, los compañeros de Pinzón se apresuraron a publicar un decidido apoyo a su nombre en las páginas del periódico. Pinzón reaccionó con energía contra esta decisión. No había sido consultado sobre ella y creía que lo más adecuado era permanecer alejado de las disensiones políticas del momento. El liberalismo estaba dividido en dos fracciones, los Radicales y los Independientes, y ningún favor se hacía al partido apoyando a uno u otro

<sup>86</sup> Palabras de Ricardo Hinestrosa Daza citadas por Arturo Quijano en “Nicolás Pinzón W.”, *El Liberal* ilustrado, Bogotá, octubre 2 de 1915, p. 148.

<sup>87</sup> Pasajes de “La religión verdadera” [alegoría de Voltaire], *El Liberal*, No. 1, febrero 8 de 1879.

<sup>88</sup> *El Liberal*, No. 6, marzo 15 de 1879.

grupo. En una airada carta a los compañeros de *El Liberal*, anotaba que “antes que radical soy liberal, y antes que liberal soy colombiano”. Era consciente de los servicios prestados por el general Rengifo a los radicales, pero no encontraba en él las cualidades del estadista. A su juicio, una cosa era el valor y el talento en el campo de batalla y otra las cualidades requeridas para ocupar la dirección del Estado. “Recuerdo —apuntó con ironía— que en varias de nuestras carnicerías de hermanos, la victoria ha ceñido la frente [de este] esforzado caudillo”. Sin embargo, no encontraba razonable la presunción de que todo aquel que posee la osadía y el valor suficientes para deshacer los ejércitos enemigos, tuviera a su vez la moderación, prudencia y juicio necesarios para orientar la República. Además, el verdadero radicalismo era un asunto esencialmente civil ajeno al estruendo de los cañones. Por ello, concluía, ‘jamás he sentido el entusiasmo bélico suficiente para caer deslumbrado ante los resplandores de una espada victoriosa’<sup>89</sup> Pinzón no apoyó a Rengifo, y ello le costó la salida de *El Liberal*, pero tampoco se inclinó por Rafael Núñez, el candidato de los Independientes que al final salió elegido para la Presidencia con el apoyo de un importante sector del partido conservador.

## 4

Pinzón alcanzó su grado de doctor en Jurisprudencia al siguiente año de su aventura periodística en *El Liberal*, y al poco tiempo se trasladó al cantón de Vélez, la tierra de los Pinzones para trabajar en el Colegio de Varones y promover su nombre en la política<sup>90</sup>. Meses después se desplazó al Socorro, la capital del Estado de Santander, donde publicó *La Reivindicación*, un semanario de crítica política en cuyas hojas fustigó la administración del general Solón Wilches, Presidente del Estado. Sus denuncias levantaron los ánimos de los seguidores de Wilches, y en la noche del 6 de diciembre de 1881, cuando redactaba uno de sus artículos, un fanático del presidente intentó asesinarlo con arma de fuego<sup>91</sup>. La fortuna lo acompañó y sólo fue herido en una pierna, y temiendo nuevos atentados sumados a serias dificultades financieras con *La Reivindicación*, regresó a la capital en 1882 cuando se acercaba a sus veintitrés años. Para esta fecha ya era conocido en los medios bogotanos como una promisorio figura de la nueva generación de escritores liberales. En los eruditos apuntes sobre *bibliografía colombiana* de aquel año, Isidoro Laverde Amaya lo presentó a sus lectores como un autor en plena actividad intelectual:

Nicolás Pinzón W. nació en Bogotá el 22 de julio de 1859, y recibió el grado de doctor en jurisprudencia en el mes de junio de 1880. Encuéntrase varias poesías originales suyas y algunas traducidas del francés en *La Patria* de Adriano Páez; y se contó en el número de redactores de *El Liberal*, papel escrito por varios jóvenes del Colegio del Rosario, y publicado con el mismo título del que redactaron en época anterior plumas conocidas. Tiene inédita una traducción de la novela *Arsaes é Ismenia* de Montesquieu y de *Los dramas de la muerte* de Paul Féval. En la ciudad

<sup>89</sup> *El Liberal* No. 13, mayo 5 de 1879.

<sup>90</sup> El boceto biográfico más completo de Pinzón sigue siendo la “Semblanza de la vida y la obra de Nicolás Pinzón W.” de Fernando Hinestrosa publicado en *Semblanzas del Externado* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 1985), pp. 11-26. Ver también el ensayo de Luis de Greiff Obregón “El fundador del Externado”, incluido en sus *Semblanzas y comentarios* (Medellín: Ediciones Autores Antioqueños, 1985), Pp. 284-89.

<sup>91</sup> *La Reivindicación*, Socorro, diciembre 31 de 1881.

del Socorro publicó en 1881 un periódico redactado por él con el título de *La Reivindicación*<sup>92</sup>.

A finales de 1882, cuando avanzaba el gobierno del Presidente Francisco J. Zaldúa, la última administración propiamente liberal, Pinzón viajó a Europa en calidad de Cónsul en Lyon y agregado de la Legación colombiana en España e Inglaterra. Allí debió ahondar en sus conocimientos literarios y en la familiaridad con el francés y el inglés que ya había empezado a estudiar en la Universidad Nacional. Regresó al país a mediados de 1884, año de la segunda administración de Rafael Núñez, en los meses en los cuales se anunciaba la crisis liberal que terminó en la guerra civil de 1885. No había abandonado su vena poética ni sus traducciones, pero ahora las cultivaba con mayor mesura y control. Y aunque participó en la conflagración del 85 —otra de “nuestras carnicerías de hermanos”—, sus relaciones con la política activa se fueron haciendo cada vez más lejanas y más estrechos sus vínculos con la docencia. Ya desde el año de su grado universitario el expresidente Santiago Pérez lo había sugerido como el sucesor en la cátedra de Ciencia Constitucional, campo en el cual se había destacado como estudiante y en el que tenía notables antecedentes familiares. Su tío Cerbeleón Pinzón había publicado en 1839 un *Tratado de ciencia constitucional que* había servido de texto a varias generaciones de abogados, políticos y funcionarios de la administración pública<sup>93</sup>.

Su distancia de la política no lo condujo, sin embargo, a una vida contemplativa. Por aquella época su vocación docente despertó sus mejores fuerzas, y a los conocimientos constitucionales, sumó sus estudios particulares de Historia y Derecho Internacional que le sirvieron para ampliar su trabajo pedagógico en diferentes instituciones bogotanas. De estas labores parece haber derivado buena parte de su *modus vivendi* durante la segunda mitad de la década del ochenta, años en los cuales fue registrado por el editor del *Parnaso colombiano* como un diligente profesor de la capital:

[Nicolás Pinzón W.] recibió su educación en la Universidad Nacional... Nombrado adjunto a la Legación en España, prestó al país importantes servicios, dándolo a conocer de diversas maneras en la prensa Europea. En unión de otros jóvenes notables fue redactor de *La República* (1877) y *El Liberal* (1879), y de *La Reivindicación* (1881-1882). Actualmente es catedrático de Derecho y Ciencia Constitucional en el Colegio del Rosario, de Derecho Constitucional e Internacional en el Colegio Militar y de Historia Patria en la Universidad Nacional<sup>94</sup>.

Aunque para 1887, fecha en el cual apareció el segundo tomo del *Parnaso colombiano*, Pinzón ya había fundado el Externado, la noticia no parecía tener mayor importancia para sus compañeros de lides poéticas. El año anterior había participado en otro florilegio, en la mencionada *Lira nueva*, un volumen colectivo de gran significación en la literatura colombiana que anunciaba la declinación del romanticismo y el nacimiento del

---

<sup>92</sup> Isidoro Laverde Amaya, *Apuntes sobre bibliografía colombiana* (Bogotá: Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos, 1882), p. 129. Ignoramos la suerte de la traducción de la novela oriental de Montesquieu y del drama de Féval registrados en estos *Apuntes*.

<sup>93</sup> José María Samper, *Galería nacional de hombres ilustres ó notables* (Bogotá: Imprenta de Zalamea, 1879), vol. 1, p. 346.

<sup>94</sup> Julio Añez (editor), *Parnaso colombiano* (Bogotá: Librería Colombiana-Camacho Roldán & Tamayo, 1887), tomo II, p. 45.

modernismo<sup>95</sup>. Ambas publicaciones reiteraban sin duda el reconocimiento de sus contemporáneos, pero también eran sus últimas manifestaciones colectivas en los campos de la lírica. Ahora parecía tener conciencia de que la poesía no era su elemento y que el éxito en este campo era sólo para el talento y la dedicación, dos cualidades que otros compañeros de generación estaban mostrando con especial ingenio y penetración. En la *lira nueva* había composiciones de Candelario Obeso y de Joaquín González Camargo, dos promisorios escritores que había visto morir en plena juventud, y poemas juveniles del popular Julio Flórez y del audaz José Asunción Silva, cuyas glorias no conoció pero quizá presintió.

Esta conciencia de sus limitaciones no lo llevó sin embargo a alimentar un sentimiento de frustración o de renuncia. Su ánimo no encajaba en los planes de una vida contemplativa acompañada de libros y goces individuales. Su temple no era el de aquella “generación de enanos” extraña a la grandeza que tanto censuró en el soneto *A Nariño*<sup>96</sup>. Una energía muy especial lo impulsaba siempre a la lucha. En *Damaetas*, un extenso poema de Victor Hugo que tradujo y difundió en el *Parnaso colombiano* —y que posteriormente recogieron Soffia y Rivas Groot en el *Victor Hugo en América*— se expresa el sentido de su lucha y la noción de responsabilidad que lo asistía. Allí Hugo describió a un joven presuntuoso, vacío y fatuo, esclavo del deleite, que para lograr algo de ruido, optó por tronchar su vida cuando “veinte años no contaba”. “¡Por ti no lloraremos!”, tradujo con fuerza Pinzón,

.Por ti no lloraremos;  
 cuando limpia los surcos el arado.  
 ¿Por ventura una lágrima tenemos  
 para la vil cizaña? A quien ahora  
 con inmenso dolor lamentaremos,  
 Es aquélla a quien cupo en mala hora,  
 como una maldición, tal hijo en suerte...  
 ¡Tu madre! que hoy sin ti, postrada, inerte,  
 sólo un sepulcro anhela en su quebranto.  
 Sólo vergüenza tu memoria inspira.  
 ¡Tu perro que te amaba...!  
 Eso es —no tu fin— lo que lloraremos...  
 Tu caída...  
 ¿Qué importa al mundo?<sup>97</sup>.

En otras palabras, el suicidio es fuga y en nada remedia las ausencias de hombres y mujeres que no llenan su cometido. Al contrario del infeliz *Damaetas*, la interiorización de la noción de deber, la idea de obligación hacia los demás y la responsabilidad en el desempeño de los papeles demandados por la sociedad, fueron los elementos de su canon pedagógico. A él unió dos valores de la cultura occidental que reclamaba la situación política del país: libertad y tolerancia. Y este fue el credo del Externado, un instituto de educación secundaria y universitaria que fundó en enero de 1886 con el apoyo de las figuras más notables del radicalismo pertenecientes a la generación de sus

<sup>95</sup> Carlos Arturo Caparros, *Dos ciclos de lirismo colombiano* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1961), pp. 92 y 93.

<sup>96</sup> Ver la *Lira nueva*, PP. 18-19.

<sup>97</sup> Fragmentos de “*Damaetas*” tomados de José Antonio Soffia y José Rivas Groot (editores), *Victor Hugo en América* (Bogotá: Casa Editorial de M. Rivas & Co., 1889), pp. 167-170.

profesores de la Universidad Nacional: Santiago Pérez, Salvador Camacho Roldán, Aníbal Galindo, Gil Colunge, Januario Salgar, Froilán Largacha, Teodoro Valenzuela, Juan David Herrera, Juan Félix de León, José Ignacio Escobar, Felipe Zapata y Juan Manuel Rudas.

Al Externado dedicó los últimos años de su vida y a él entregó el ímpetu que su precoz y en muchos aspectos extraordinaria juventud ensayó en otros campos con menguado éxito. Eran los días en los cuales los lectores de los periódicos bogotanos encontraban con frecuencia avisos y advertencias que anunciaban materias, profesores y cursos de un “*Externado* para jóvenes adultos, regido a semejanza de los mejor reputados establecimientos europeos de esta clase, dirigido por Nicolás Pinzón W., antiguo catedrático del Colegio Público de Varones de Vélez, de la Universidad Nacional, del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y de la Escuela Militar”<sup>98</sup>. A su nuevo instituto trasladó las cualidades administrativas y el talento pedagógico que tantas veces subrayaron sus alumnos, y allí divulgó el pensamiento de Herbert Spencer, cuyos *Primeros principios* tomó como el evangelio de las ideas modernas<sup>99</sup>. En sus cursos de ciencias naturales, de filosofía y de derecho público, enseñó la lógica del método experimental, perspectiva analítica que utilizó tanto para el examen de la naturaleza como para el estudio de la sociedad. “Iniciador y principal propagador en Colombia de los modernos métodos científicos”, lo llamó un observador de la época<sup>100</sup>. En los claustros de la joven institución se encargó de difundir, además, una síntesis de *la Moral* y otra de los *Primeros principios* de Spencer hechas por dos tempranos egresados —por Tomás Eastman e Ignacio V. Espinosa— que circularon generosamente por las cátedras de ética y psicología ofrecidas en el plantel<sup>101</sup>. Pinzón dejó inéditas unas *Lecciones de derecho constitucional*, calificadas por aquellos años como de raro mérito”, y sin duda de gran utilidad para los historiadores del pensamiento social que se perdieron con el paso del tiempo y la indiferencia de sus albaceas espirituales<sup>102</sup>.

Nicolás Pinzón W. murió en Bogotá el 15 de marzo de 1895, de “una enfermedad tenaz de los centros nerviosos que fue minando su existencia”<sup>103</sup> “No dejó bienes de fortuna” registra una crónica. Se había casado dos años antes con Estefanía Pinzón, hija de su primo José Rafael, el hijo mayor de su tío Cerbeleón. La difícil W seguida del silencioso punto que siempre acompañó su nombre, anunciaba un enigmático apellido de la Europa central que no volvió a escucharse en el país después su muerte, el Warlostén de su madre María del Carmen, la segunda esposa de su padre Flavio Pinzón nacida en Caracas en fecha desconocida.

<sup>98</sup> *La Nación*, “Órgano de los principios de la Regeneración”, Bogotá, enero 12 de 1886. Se llamó “Externado” porque en un principio sólo operaba con estudiantes externos. Este diseño organizativo no se debía únicamente a facilidades administrativas; detrás había una motivación pedagógica proveniente de las controversias educativas de la segunda mitad del siglo XIX relacionadas con los aspectos negativos de las pensiones. A juicio de muchos pedagogos, los internados separaban artificialmente a los estudiantes de la familia y de la sociedad. Años después, sin embargo, Pinzón abrió un internado para reclutar los estudiantes que venían de otras regiones del país.

<sup>99</sup> Carlos Arturo Torres, *Idola Fon* (Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 1969), p. 273.

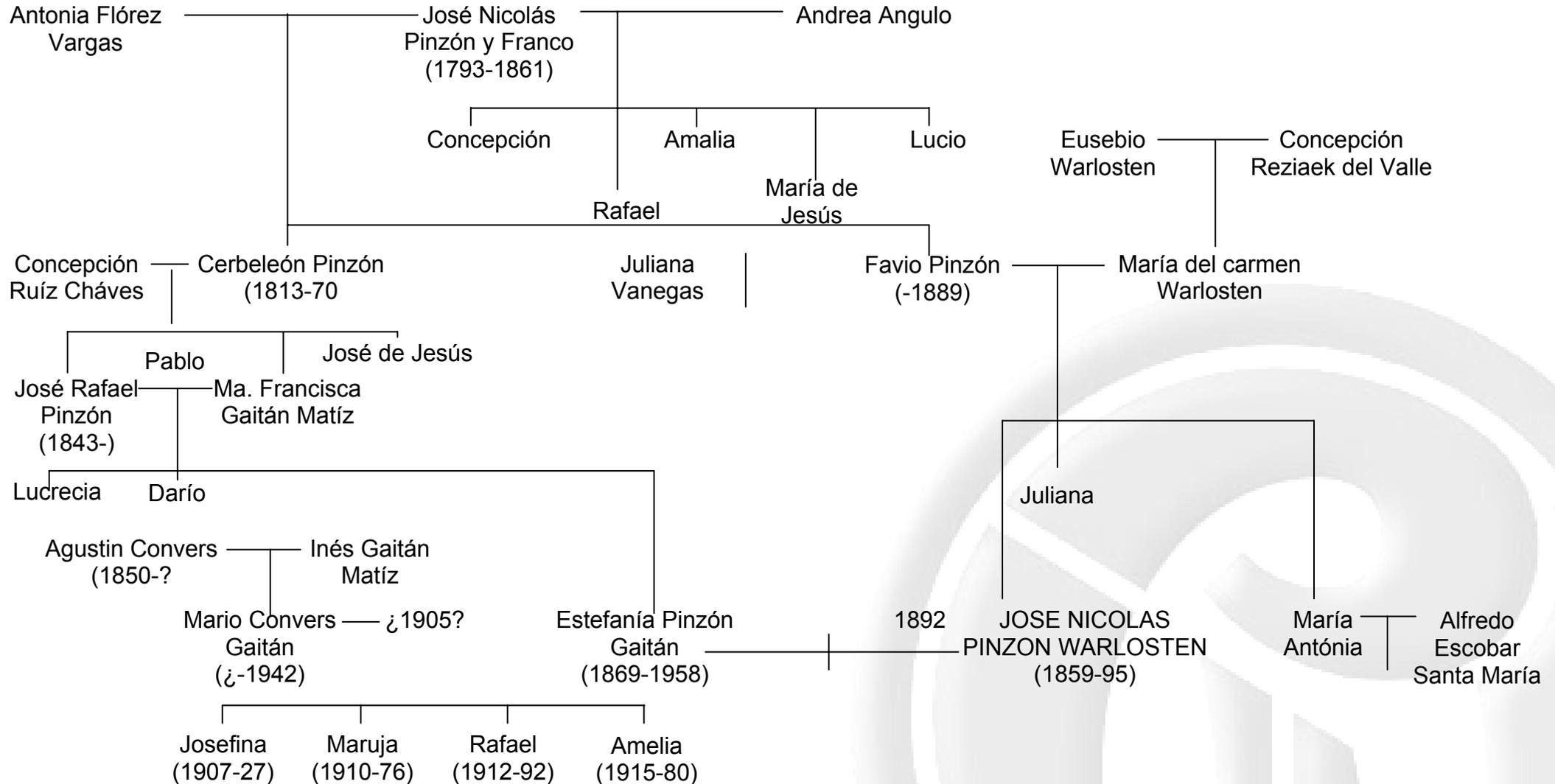
<sup>100</sup> *El Republicano*, Bogotá, mayo 15 de 1896.

<sup>101</sup> Carlos Arturo Torres, *Op. cit.*, p. 273.

<sup>102</sup> Una huella de su contenido puede rastrearse en el *Ensayo sobre ciencia constitucional* (Bogotá: Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos, 1897) de Antonio José Iregui, libro que se aprovecha —entre otros— del programa de derecho constitucional “dictado por el malogrado Nicolás Pinzón W., rector del Externado”.

<sup>103</sup> *Externado*, tomo IV, No. 1, Bogotá, junio de 1940, p. 24.

### Nicolás Pinzón Warlostén Genealogía



Nota: Agradecemos a Josefina Convers de Castaño y Lucrecia Convers, hijas del Ingeniero Rafael Convers Pinzón, informaciones que enriquecieron este árbol genealógico (G. Cataño)